

—¿Quién eres, pues? interrogó al fin, tratando de dominar su turbación.

—¿Qué importa el saberlo si te doy la riqueza que tanto deseas!

—¿Vos!

—Yo! sólo que pongo una condición. Tu fortuna eclipsará la de los más opulentos del mundo, el oro saisfará todos tus caprichos; pero este lujo te impondrá un deber imperioso. Hé aquí una cartera que contiene un millón en billetes de Banco....

—¿Un millón! exclamó Daniel, tendiendo rápidamente las manos.

—Paciencia, déjame concluir, repitió el hombre vestido de negro. La cartera contiene un millón que deberás gastar en un solo día. Todas las mañanas se llenará de nuevo, pero es preciso que todas las noches esté vacía....

—¿Y si no lo estuviera?

—Esa noche morirás.

Daniel retrocedió aterrado, pero reponiéndose muy luego:

Quien quiera que seas, acepto, dijo. No se dirá que un vano temor me ha hecho rehusar la felicidad. Por otra parte, ¿qué es un millón? desearía gastar el doble, si....

—La experiencia lo probará, interrumpió el desconocido con tono irónico y entregándole la cartera.

—¿Asunto concluido?

—Sí, sobre todo, no ovides la cláusula: el millón diario ó la muerte....

Daniel vaciló de nuevo y quiso replicar, pero su interlocutor había desaparecido y la cartera estaba abierta sobre la mesa.

—¿Rico! ¡soy rico! ¡Qué importa lo demás!

Y con frebril exaltación, el huésped de la sombría bohardilla comenzó á contar los mazos de billetes de Banco. El millón estaba completo.

II

El primer día transcurrió rápidamente en medio de goces de toda clase.

No le había costado encontrar destino para el millón. Al fin del trigésimo día Daniel poseía todo lo que puede procurar una fortuna inverosímil coma la suya.

Poblaban sus caballerizas los mejores caballos ingleses, sus bodegas contenían los vinos más añejos, sus salones ostentaban un lujo asiático. Al ver tan perfecta su felicidad, una vaga inquietud se apoderó de él

—¿No tendré ya necesidades que satisfacer? murmuró con terror. Ea, en último caso ¿no es-

tán allí mis amigos para ayudar á mi ruina?

Y con este buen pensamiento se durmió apaciblemente al lado de la cartera vacía.

III

Ya al fin del tercer mes Daniel echaba mano de los recursos extremos, y éstos no le daban por desgracia buen resultado.

Su refinado gusto gastronómico no había tardado en producirle una pérdida absoluta de apetito. Era necesario buscar otra cosa.

Sus parásitos, enriquecidos con sus obsequios, se habían separado de él para crearse una existencia independiente. Era necesario buscar otra.

Pensó en sus sirvientes, y llamando á su mayordomo:

—Bribón... díjole con tono alterado.

—¡Gracias, señor! gimió el lacayo, comprendiendo el mal sentido del apóstrofe; os hemos robado y despojado, pero juro que desde hoy seremos personas honradas.

—Desgraciado ¿qué dices?

—Credme, señor. Era una indignidad engañar á un amo tan generoso, pero en adelante....

—Quiero, bótate, q' me robes más que nunca.

—Es imposible, señor.... Todos nosotros tenemos el sentimiento de abandonaros para ir á vivir de nuestras rentas.

Daniel, furioso, despidió á su mayordomo, quien salió convencido de que su amo denunciaría al primero que le tomara un solo céntimo. Esta creencia perpetuada en la casa hizo que, desde entonces, todos sus sirvientes fueran modelo de honradez.

IV

—Tendré pleitos, se dijo Daniel. Siempre he oído que los procesos son una de las investigaciones más ruinosas que hayan salido del cerebro humano.

Y hélo aquí demandando por los motivos más irrisorios á todos sus proveedores, á todos sus vecinos, á todo el mundo.

De los treinta proveedores, veintinueve fueron convictos de haber cometido engaño en la calidad de la cosa vendida y condenados á pagar costas y perjuicios. En cuanto á las otras causas, gracias al talento de sus abogados, ganó unas diez en tres meses, con costas también.

¡Aquello era terrible!

—Jugaré, se dijo Daniel

Y en tres días logró desbancar al *baccarat* á todos los miembros del Club.

—Amaré, se dijo Daniel.

Se enamoró perdidamente de una joven bella como la belleza misma y desprovista de todo dote.

El día que debía firmarse el contrato, una carta hizo saber á su novia que heredaba cien mil libras esterlinas de renta. Daniel huyó y jamás volvió á verla.

¡Aquello era desesperante!

V

Cinco meses habían transcurrido. A pesar de todos sus esfuerzos, Daniel se veía casi obligado á guardar una parte de su fatal millón. Su vida entera estaba concentrada en éste solo y único fin: gastar sin descanso.

—¡Oh! exclamó una mañana. ¡Tengo una idea feliz! Y salió en el acto. Aquella misma tarde compró inmuebles por valor de treinta millones en los barrios más desheredados de la capital y los había adquirido por el triple de su valor.

—Héme aquí tranquilo durante un mes, exclamó suspirando al volver á su casa.

Tres semanas después un aviso de la Prefectura le rogaba que fuera á recibir de la Caja municipal una suma mucho mayor de la que había gastado, pues sus inmuebles habían sido apropiados para abrir seis nuevas avenidas.

Al recibir esta noticia, Daniel pensó volverse loco.

—¡Maldito dinero! No se encuentra un medio de escapar á tu yugo, murmuraba al volver de la Tesorería municipal con su cartera debajo del brazo.

Ese día contenía ella, además del millón cotidiano, los beneficios maravillosos que le había producido la expropiación.

—Sí, he da encontrar un medio.

Mientras decía esto llegaba á una calle desierta. Volvióse para asegurarse de que nadie lo seguía, y como la soledad era completa, arrojó la cartera á la puerta de una cochera y se alejó con la mayor velocidad posible.

Un cuarto de hora hacia apenas q' había llegado á su casa, cuando se presentó un agente de policía.

—Disculpe que le incomode, señor: he recogido esta cartera en la calle de.... Al ver la suma que contenía he adivinado cuales serían sus angustias, y como su dirección estaba escrita en el papel, he abandonado el servicio para traérsela.

—¡Monstruosa probidad! dijo Daniel cayendo al suelo.

VI

Estaba sin conocimiento desde el momento de la caída; á su lado

se veía la cartera repleta. La media noche sonó en todos los relojes de su espléndida mansión.

—¡Media noche Dios mío!... la cartera.... no está vacía, balbuceo penosamente, tratando de ponerse de pié. Aguardad.... voy....

—Demasiado tarde es, repitió con tono pausado el hombre de vestido negro. Acuérdate, Daniel Reynol, del pacto que has suscrito. ¡Pobre loco! te figurabas que la opulencia no es un fardo para quien no sabe emplearla. Has poseído esos tesoros, y son ellos los que de desilusión en desilusión te han conducido á la muerte. Desgraciado de tí como de todos los egoístas que no adivinan el gran secreto de la riqueza.

—¿Cuál es ese secreto? habla... ¿cuál es? dijo el infortunado, agitando en las convulsiones supremas.

—Ya no te servirá; ¡ojalá pueda servir á otros! Daniel, ese secreto que no es conocido y que te hubiera salvado; pues es infinito el número de miserias que hay que consolar, ese secreto es la caridad.

(El Herald de Bogotá.)

NOTAS VARIAS

NUEVA TIENDA. Nuestro consocio don Roberto Riotte va establecer una magnífica tienda en el local que actualmente ocupa la Botica del Comercio. El señor Riotte es hombre que entiende bien su negocio y procurará satisfacer todos los deseos de sus parroquianos, por lo que no dudamos del éxito de su empresa.

EL HERALDO de Cochabamba Bolivia, cumplió catorce años de existencia el 13 de abril ppdo.

Desamos muchísimos años más de vida á tan interesante publicación.

AVISOS

EL GLOBO

Cien varas de la esquina NE. del Parque Central.

Licores del país y extranjeros vinos legítimos y puros.

Servicio puntual y esmerado.

Tipografía LA PRENSA LIBRE.